

MARÍA JULIA MAGISTRATTI



© Sebastián de Miguel

Nació en 1976 en Azul, provincia de Buenos Aires. Egresada de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de la Universidad de Buenos Aires, obtuvo el *Premio Letras de Oro* de la Fundación Honorarte. Ha publicado: *Alasitas* (2004) y *EA* (2007).

Padre

Mi padre entra a brazadas
por la noche
y se acerca hasta la hija
que sueña con su padre muerto.

El tiempo
ha insistido tanto en el sueño
y el padre ha crecido tanto
en la muerte.
Ahora ella habla con ese hombre más anciano.

En la oscura habitación
nadie siente quejarse a la dormida,
su cuerpo la lastima.

Está alcanzando la edad del muerto.

Bailamos

Bailamos
porque más adelante será tarde
decía el padre.
Hijos de hijos
con la carne soltando aguas del presente
en la noche actual y huérfana.

En algunas partes del cuerpo
no somos hijos.

Y de tan nuevos, sin terminar
de nacer, bailamos.

La música siempre nos duele:
alfileres, insectos ciegos, telas rotas,
barcos, globos de papel.

Para que no nos salgan las plumas,
para que no nos crezcan las escamas,
bailamos.

He mirado por primera vez

He mirado por primera vez
el anillo,
su anillo sobre la palma de mi mano,
el círculo roto y
el insecto viejo.

Ya no suena
ni tiene lugar entre las cosas,
con la abuela escribió sus cartas
y recordó mares
en las cercanías de su cara.

Ahora que el tiempo mira
y llama
y ella de frente
marcha para alejarse,
esta flor arrancada de sus dedos
traigo,
este escudo que el polvo ablanda

El presente siempre llega después
y llega despreciando.

Petronila

En la aduana
Petronila
teje el mismo dragón
y les dice a los viajeros
es único, llévelo amigo.

Petronila
no mira a los ojos
son sombras los cuerpos
por esas sombras ellos pasan
algunos se quedan
joyas oscuras
dice.

Y levanta su tienda,
un perro la sigue
por el camino a su casa.

Todo lo profundo está vacío
no dice.

La gallina

La gallina conoce el hambre de esos niños.
Ve la madre
traer los frutos
en un canasto de moscas
y el hilo de la naranja
corriendo por el cuello
del más pequeño.

Ve la siesta de un pescado
sobre el fuego.
El silbido de los choclos
en la olla.

La gallina es la única que ve la muerte de todos
porque no puede mirar de frente.

El eclipse

Con un carbón te pintaste la cara
y tomaste el camino al espejo.
Alguien gritó «vengan a ver el eclipse»
y te quedaste alzada en tus propios brazos.
Inmensa de tan triste.
Primitiva de la naturaleza.

Una madre apuró un pañuelo por si alguien decidía llorar.

Lo que le sucede al planeta, nos sucede.
Lo has sentido cuando remontaste un barrilete,
cuando bebiste con sed de un canal en el Perú.

Ya puedes volver a todos los espejos,
dejar piedras en los caminos
para que algo tocado por tu mano se incorpore al mundo,

o criar a tu conejo de la suerte
afinar los pastos
encontrar tu trébol.

Siempre llega el eclipse cuando están las madres cerca.
Y su secuela en la costura recién abandonada,
seguirá en los años, comiéndote los ojos.

El agua que chifla sola hirviendo en la cocina,
el gusano del durazno sumergido en su placenta;
el huevo que siempre cae cuando hay un eclipse.

Y las luces no se encienden
porque el planeta es la perra escapada.

Tu madre es la que gritó, con la blusa a medio prender
y el cuello extendido al cielo.
Alguien había dejado un libro sin señalar,
otro la taza por la mitad
y una sábana mojada.
Y yo no caía en cuenta.

A la hora del eclipse, mi madre
era una niña olvidadiza, tremenda de sol
que yo tataría con tierra.